

Waldo Rojas



Fuente Itálica



BIBLIOTECA NACIONAL



0043767

EDITORIAL ARCA

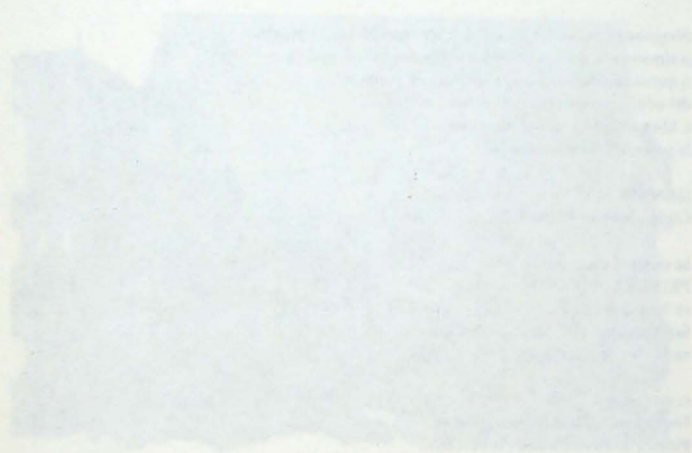
Fuente
Itálica

Waldo Rojas

1940 - 1990

1940 - 1990

1940 - 1990



Fuente
Itálica



Colección

LOS CONTEMPORANEOS

UNIVERSIDAD

1940 - 1990

1940 - 1990

© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A., 1990

Inscripción N° 77.537

Derechos exclusivos reservados para todos los países.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluidas las fotocopias, sin permiso del editor, excepto citas en revistas, diarios o libros, siempre que se mencione la procedencia de las mismas

ISBN 956-11-0759-6

Código interno: 009441-2

Se terminó de imprimir esta

PRIMERA EDICIÓN

en los talleres de Editorial Universitaria

San Francisco 454, Santiago de Chile

en el mes de julio de 1991

CUBIERTA:

Festejos en la Plaza Navona (Roma)

Pintura de Paolo Pannini (1691-1765)

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

104959

Waldo Rojas



Fuente
Hálica



EDITORIAL UNIVERSITARIA

IMPRESA EN CHILE

Waldo Rojas



Fuente Itálica



EDITORIAL UNIVERSITARIA

ÍNDICE

<i>Notas a esta edición</i>	9
FUENTE ITÁLICA	11
Aparición del Toce	13
Heráldica del Río	15
Serenísima hora veneciana	17
Ritratto di Bambina	19
Mediodía hacia Agrigento	21
(Paisaje en Reggio nell'Emilia)	23
CIFRADO EN LA VILLA ADRIANA	25
DERIVA FLORENTINA	41
<i>Notas a los poemas</i>	57

Notas a esta edición

Los textos aquí reunidos fueron escritos en un plazo de seis años, en ocasiones diversas, ajenos de todo propósito de acogida ulterior en la fórmula cabal de un libro. Su común referencia a Italia no es, pues, la de un periplo. Los primeros abrieron el itinerario y la posibilidad de los siguientes durante viajes breves y numerosos de ida y vuelta emprendidos desde París. Encuentros esporádicos con la tierra italiana, dispersos en el tiempo, erradizos en el espacio; momentos transmutables en esa suerte de hallazgo, conmoción graduada o fortuna continua, en el que se acuerdan el hombre y el mundo, la palabra y el silencio. O como diría Paul Valéry, en "estados poéticos", experiencia que un poeta, como se sabe, no tiene por función la del asunto privado de sentir en sí mismo sino la del cometido de crear en los demás, por medio de los artificios del lenguaje, restituyendo la emoción poética a voluntad y fuera de las condiciones, digamos naturales en las que ésta dio en producirse espontáneamente.

Poemas, por ello, que *se deben* a Italia tanto como *deben* a sí mismos el haber derivado, estoy tentado de agregar: naturalmente, hacia el volumen que hoy componen. Pero se deben menos quizás a la realidad geográfica y humana sublunar de la península latina que a su inagotable poder de sugerencia y que pocos rincones de nuestra civilización prodigan con pareja fuerza de acicate de la imaginación y fustigamiento de la sensibilidad, abolidas las constricciones de tiempos, perdidas de vista las demarcaciones objetivas de la experiencia, entre otras servidumbres de la vigilia cotidiana.

Sin desmedro de esta tributación, valga decir que estos poemas constituyen también nuevas estribaciones o elongaciones si no de

un sistema poético, por lo menos del cuerpo de una antigua convicción organizada, forjada seguramente en la materia de un puñado de ideas fijas, las únicas ideas, por lo demás, que sean permisibles a un poeta.

Refrenda lo anterior el hecho de que algunos de estos textos fueran publicados precedentemente de manera independiente: *Cifrado en la Villa Adriana* (*Chiffré à la Villa d'Hadrien*), París, Parler Net, 1982, en traducción francesa de Armando Uribe, libro recogido en 1985 en *Almenara*, Ottawa, Canadá, Ediciones Cordillera, poemario que incluye además los tres primeros poemas que inician el presente libro. Y, finalmente, *Deriva Florentina*, Ginebra, Suiza, La Furnia de los Filósofos, Publicación del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Ginebra, 1989*.

Se suman a los anteriores otros textos inéditos bajo el rótulo actual de *Fuente Itálica*. Junto con restituir en su valor la filiación común de todos ellos, aludiendo a la mención de un lugar germinal, este título quisiera dejar testimonio reconocido de la hospitalidad espiritual recibida en el profuso mundo itálico. No menos, pretende evocar la imagen de aquel surtimiento ubicuo, plurivalente, en que consiste, por último, la palabra poética, lenguaje de muchos destierros, cuya soberanía instituyen en igual medida la desviación esquiva y la proximidad conmovida respecto de toda realidad dada.

W.R.

París, junio de 1990.

* N. del E. Asimismo, los poemas 3, 4 y 6 de *Deriva Florentina* aparecieron en la revista *Número Quebrado* N° 2, Santiago de Chile, diciembre de 1989.

Aparición FUENTE ITÁLICA

ESTABA en el fondo de la noche oscura,
cuando quise a un hombre nuevo,
espantado y herido por su presencia y su forma,
frente a la gran noche silenciosa.
Me la agarraba la oscuridad cuando me levanté al ver
su rostro.
Me miraba con un rostro, un cuerpo nuevo.
Me miraba con el alma.
Me miraba con su cuerpo nuevo por la noche de la noche.
Era como un fantasma que me miraba desde el
fondo de la noche cuando me miraba, y me miraba el fondo
de su cuerpo la oscuridad de la noche cuando
me miraba de su cuerpo nuevo.

Cuando me miraba el cuerpo me miraba con su cuerpo
cuando me miraba con su cuerpo me miraba con su cuerpo
de su cuerpo.
Cuando me miraba con su cuerpo me miraba con su cuerpo.

Aparición del Toce

BREVE majestad de la noche estival,
nada quita a su hábito voraz,
espaciosa y láctea en su amparo a nuestro paso
hacia la más vasta intemperie.
No la apremia la amanecida como nos urge el día de
mañana,
ya uncidos a un rumbo, ya extraviados.
Su linaje es el del Río:
no reposa en su cauce sino en la certeza de su curso.
Un pacto de lentitud los une en hermandad
pero como quien oculta un arma, el río empuña al fondo
de su brillo la celeridad de las estrellas fugaces,
esos ríos de vértigo más breve.

Contorneamos el negror sin espesura de los montes
mientras la medianoche se afana en el tendido
de sus puentes
sumándonos a su enseña inconciliable.

Hacia el lago Maggiore, Italia, septiembre de 1982.

Heráldica del río

LAS COLINAS, la luna tutelar,
el perfil sin espesor de roquedales
y arboledas:

figuras desprendidas de algún blasón
de señoríos depuestos.

Entre riberas de tardanza y prontitud
como se lava una antigua afrenta,
zanja el río irredento el paraje noctámbulo.

Pronta daga de su curso,
lenta limadura de las constelaciones.

Cercanías del Toce, Italia, septiembre de 1982.

Serenísima hora veneciana

LA CIUDAD CLEPSIDRA, avara de sus horas,
He aquí que se prodiga en un silencio glauco.
Mudez de campanas, tregua de inminencias,
Desangramiento o acopio de un oro
Ávidamente recontado.

Un relente de sentina avanza sin antorchas al asalto
De una fortaleza hincada al pie de sus estatuas
Y se apega a la extenuación de los muros.

En medio de claudicaciones nocturnas
Sales al encuentro de unos pasos suspendidos a su eco
Fundado en agua tensa.

Sosiego puesto a precio de una prisa impenitente:

Todo será arrancado a esta promesa transitoria,
Guirnaldas y Máscaras celebrarán con saña
La crepitación victoriosa.

Venecia, agosto de 1983.

Ritratto di Bambina

*Sobre un cuadro de Giovan Battista Moroni, en
l'Accademia Carrara, Bérgamo.*

BAJO LA UNCIÓN de una realeza momentánea
de brocado y perlería
la majestad menuda de su lozana atildadura,
nada más que encarnación premonitoria de una damisela
de baraja,
nada menos que de nuestra fuga en tránsito
la hija desprovista.

No soy en su mirada el Otro de mirada alguna,
ahora que el que soy no me dictan sus ojos:
todo es conjetura si no perplejidad en la consigna muda
de un encuentro hecho de imágenes,
apenas el hallazgo mutuo de una manera de sombra
y la huella de un destello,
a despecho de quienquiera, en virtud de nada nuevo.

Desde su edad en remanso la Ninfa más propicia
me prodiga así entre todos
una mirada que puedo sin riesgo sostener.

Desposeimiento inapelable de toda posesión,
ojos de otro vértigo acercaron nuestro paso
al borde del secreto que no somos
a fuerza de ignorarlo.

Ella aquí nos atrae a la duración quebradiza
de su otrora en suspenso,
aligerados del peso de ataduras el lapso de tregua
de un trasluz,
ni desvarío ni rencores, ni reproches ni éxtasis,
mientras vuelca el carillón tardío su cascada
aquietadora,
como una imposición de manos leves
sobre algún dolor sin cuerpo venido a la memoria.

Bérgamo, febrero de 1989.

Mediodía hacia Agrigento

NO TE PONDRÁS DOS VECES a cobijo en el amparo
de la sombra del mismo templo en ruinas:
todo es nuevo y por doquiera de cuanto enciende un sol
venido al cenit
como a la curvatura del arco la piedra angular viene a
alojarse, durable y suspendida.

El Mediodía sabe sumar el tiempo a su manera;
siembra el presagio en la promesa del augurio,
premoniciones se agregan al pulso de la inminencia
y en el hilo de voz que se desteje del herbazal sumiso
ya se consuma una pesadumbre de palabra irrevocable.

Tu mirada deambula en las colinas como un acopio
de fijeza taciturna
y devuelve a su fuero la intimidad de todo cuanto adquiere
investidura de realidad flagrante:
real es sólo aquello que se prueba en su poder
de retorno hacia nosotros,
resurgencia y reencarnación de lo uno
una vez y aun otra
en la mixtura de lo múltiple.

Un ensalmo a deshoras, tu palabra se entrega
al arrebató de olivos sarracenos, al laurel de hojas
vedadas, tenacidad de
salvia y menta furtivas en su antiguo esparcimiento
entre la ordenanza guerrera del viñedo en alerta.

Nada que sepamos desoir en la invitación del alto umbral
de unas columnas en pie:
un horizonte irredento aguarda sin llamado en el rellano
de los valles.

Valle dei Tempi, Agrigento (Sicilia), agosto de 1989.

(Paisaje en Reggio nell'Emilia)

EN LA VILLA ADRIANA

SURCOS de un tiempo de labranza ya cumplido
abiertos en la memoria para una estancia
de rumbos indelebles, ahora devastados,
disuelta su promesa renovable
y sumidas nuevamente sus estelas extensas
en una marea fragante de raíces desuncidas.
Conmoción entrañable bajo el tumulto de los cuervos,
ácratas agrestes,
su negror obtuso brotado de la bruma
herrumbrada de graznidos.

CIFRADO
EN LA VILLA ADRIANA

EJEMPLAR FUERA DE COMERCIO

*Veguero uno figueiro, un cop dins moun camin
arrapado a la roca nuso...*

FREDERIC MISTRAL

LA NATURALEZA no deja ruinas.

Ella acuna los escombros

y la higuera retoña tenazmente

en la vertical de un arco desventrado,

profanadora de la piedra, desdeñosa

del abismo.

II

ADONDE florecían destinos campea ahora
toda la opacidad de los olivos y su traza insolvente.
Las Ruinas enseñan a la sangre un murmullo indócil.
Interrogamos con los ojos sus rostros yacentes,
formas de horizonte sin habla ni cifra,
pero el verano vibrador de las colinas brilla
para acallar toda elocuencia.
Ascendemos por entre las celebraciones del laurel silvestre.
No, no hemos de girar la cabeza hacia nuestro oscuro
séquito;
sólo prestamos oído a una voz que nadie alza:
divinidades rotas en sacrificio a
un Dios incomprensible,
héroes vulnerados en su ferocidad de mármol muerto.

III

EN PLENO corazón de los vestigios suntuosos,
escucha los latidos del Espejo de Agua,
la fuente repetida de presagio y reflejos.
Los niños que ves son estas voces, estas alas, estos
vuelos
sobre los círculos de agua,
la imagen rota de una imagen rota y rediviva.
Paciente pulsación de los estanques, su mirada sin asomo
de asombro.

IV

NI SIQUIERA a un guijarro, a una brizna,
que la mano no vaya como en una caricia más allá
del hallazgo de sí misma.

No vienes a adueñar sino a ofrecer en prenda
la mirada.

Deja a la memoria cumplir su predación,
a la abeja solar su ensañamiento en la ortiga del
escombros.

Ambas desdeñan por igual el sabor de las raíces.

V

CIUDADELA sin más asedios,
también la tarde se detuvo ante el umbral hundido.
La Tropa vuelve a sumirse en su sueño atenaceado.

VI

DERIVA FLORENTINA

PACTO de la noche y de las Ruinas:
muros de sombra renacen tallados en la sombra.
Reviven los ecos de las defenestraciones.

Villa Adriana, en los alrededores de Tívoli, Italia, septiembre de 1982.

París, octubre del mismo año.

DERIVA FLORENTINA

"... sovra 'l bel fiume d'Arno alla gran villa".

(DANTE, *Inferno*, XXIII).

ERRANCIA indeleble de las vetas
del mármol,
estelas o estigmas, filones desvaídos
de una escritura de presagios.

BUSCAS sin hallarlo el punto que duerme
en el cuadrado que el triángulo aprisiona:
seguirás por ello a resguardo de nada,
a manos del penar y la zozobra, acechado de riesgo.
No hay un corazón que late al centro de cada cosa
ni rehúye el vacío los parajes en torno.
Geometría remota de la ciudad discorde
a fuerza de erguirse entre la furia y la fiesta,
un pie en el ayer dispendioso de olvidos, un pie lapidario
en el hoy día que el mármol tolera.
Que no detengan tu mirada las insumisiones del olivo,
mano desguantada a mansalva.
Vigila el erizamiento de hoguera de los cipreses,
la escolta sombría.

PROPAGACIÓN cobriza de las Torres
al despliegue del ancho amanecer toscano,
apacigua nuestra victoria palmo a palmo
sobre la certidumbre inhabitable.

Contagia tu propia lentitud en la derrota a nuestro
enardecimiento de fundirnos en la unanimidad de la
mañana.

Con sigilo de conjuración la fanfarria nocturna
se ha replegado en orden.

En nosotros se acalla el vocerío embozado de nuestra
duda única.

A contraluz de todo y enclavada en la mudez
crece en impaciencia la hora tenaz, mediodía de todos
los eclipses.

REFLEJO DE LOS PUENTES, migración fluvial
que nada agota,

el Arno, divisorio y pródigo, toma cuerpo esta vez
al pie de nuestra vigilia.

Cambiante monotonía del deambular del agua,
como un reptar de sombra en el pórtico de un solar en duelo
entra sin apremio mayor el volumen del Puente
en la hendidá paridad del equinoccio,
sin menoscabo, sin alianzas,

en pleno clamor de las dagas y el fustigar de los emblemas.
Ignora el puente los asaltos del asombro de amanecer
en pie,

el Agua no abandona su hastío de no fluir sobre
otro lecho.

CIUDAD LUMINOSA expatriada en el crepúsculo,
presta su lenguaje a tu palabra,
confía a su fijeza tu mirada en aflicción.

La deriva de la lluvia en las cornisas improvisa
un rumor nuevo.

Ahora que patios y fuentes caen en trance de verbo
darías un nombre a cada una de las flores ilusorias
que se apagan y al instante recrudecen, incontables,
sobre las losas irisadas de las plazas.

Ahora que el ladrido implanta su santo y seña en las
colinas

como una efigie en campo heráldico.

Es apenas un rocío de sucesivos marchitamientos
que la noche irá apegando al sopor de los cuerpos.

Adora esos ídolos extensos

o quema en silencio tus altares rendidos.

Como va esfumándose en su transparencia tangible
la copa hundida a fondo,

así se sume en su sedoso florecimiento impalpable
la ofrenda sin resguardo de la heredera impúber,
eclipse de párpados y labios,
infancia de cuanto llega a ser efímero.

SIENA, Nínive toscana de levitaciones góticas,
hermana gibelina e impune como lo es mi desazón
a la proximidad de tus umbrales.
Del estrago de las simulaciones del olvido
sabremos restañarnos, nunca del traspié de una memoria
que se repliega a ciegas.
Las ciudades son la forma finita de la impavidez de
las cosas ante el festín de los amantes, o su duelo.
Eres la capital todavía obstinada de un febrero dos veces
inclemente,
su cielo repintado de gris hasta la trama,
ni estrépito ni trinos bajo la llovizna cabizbaja.
Indolente profanación cotidiana de los días
que exceden tu medida de ojivas y de cúpulas
y que son toda la ruina de mi propia desmesura.
No es de tu puerta que un paso me separa, aunque mi pie
no lo dará sin sobresalto:
callas o muerdes un nombre que ya no supiste proferir
como un conjuro,
el sonido que acompaña a la disolución de un cuerpo
acariciado hasta su fantasmagoría o hasta su nostalgia.

Maquinaria inservible del amor dislocado.

Siena es un cuenco nacarado que acercas a tu oído,
allí escuchas en sordina un oleaje desatado de cabalgatas
en fuga.

CIUDAD QUE LA NOCHE ENTRE TANTAS no apacigua,
puesto que no todo lo que calla es oro del sosiego
que ahora mismo mendiga tu imposible letargo.

Heraldo de un sueño sobre ascuas
el centinela de tu sigilo en desvelo sigue tus pasos
bajo luces que malgastan el acopio de una obscuridad
avara de su ciencia.

Miras y pasas, avanzas sobre charcos de liquidez dudosa
al encuentro de rumores en lento desenjambre.

Portalones y alturas palaciegas se adentran nuevamente
en la promesa del Ariete, en la humareda aciaga y el presagio
de la Peste.

Todas las estaciones del dolor y de la saña apremiadas por
ninguna cita.

Toda la fortuna inerte de la noche voceada a precio vil
por la quietud del mercado entoldado a sogas y nudo.

Truecas tu vigilia contra un puñado de ecos desprovistos de
sustento duradero.

Otrora habrías preferido al amparo de los pórticos
esta impavidez con que los muros incuban la algazara

/vengadora.

Huellas de otro extravío, los signos lacónicos
de las constelaciones derrotan tu sueño en emboscada a
campo abierto.

Ya que debes cerrar los ojos ante la estatua que se yergue
junto al puente,
prepara tu tributo a su apostura mutilada por el reflejo de
ventanas someras.

Hora en que el Río reconcilia las orillas discordes,
su llanura plácida recamada de ese brillo que afluye a la
mirada al borde de las lágrimas.

Y nadie acodado en el alejamiento de los parapetos.
Sólo tu cuerpo reanuda contigo una mutua avidez de
confidente.

Notas a los poemas

Los poemas de este libro han sido extraídos de las ediciones originales de *Almenara*, Ediciones Cordillera, Ottawa, 1985; *Chiffre à la Villa d'Hadrien*, Parler Net, Paris, 1984; y *Deriva Florentina*, la Furnia de los Filósofos, Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Ginebra, 1989.

Textos de deambulaciones y de hallazgos, los poemas "Aparición del Toce", "Heráldica del Río" y "Serenísima hora veneciana" están dedicados a personas amigas ligadas a esos lugares y momentos:

a Emmanuel y Janine Saracino,

los dos primeros, en recuerdo de nuestro tránsito por Italia del Norte hacia el descubrimiento inagotable de Venecia;

a Antonio Servidio,

quien me hiciera advertir, durante una alucinante camminata notturna, la resonancia particular de los pasos sobre las losas del pavimento de Venecia, la "ciudad clepsidra", el poema siguiente;

a Kate Marcelin-Rice y a sus hijos Sebastián y Hugh

el poema "Cifrado en la Villa Adriana", en homenaje a su diligencia de cicerone durante nuestra visita a las ruinas del dominio de Adriano.

PÁGINA 43: *Sovra 'l bel fiume d'Arno alla gran villa*, verso de la *Divina Comedia* (Inf. XXIII), inscrito sobre una placa de mármol en un muro de Florencia, próximo a la casa de Dante. Advertido durante mi primera estadía y contacto con la ciudad toscana, da título aquí a un conjunto de poemas en mucho tributarios de notas escritas en esos días.

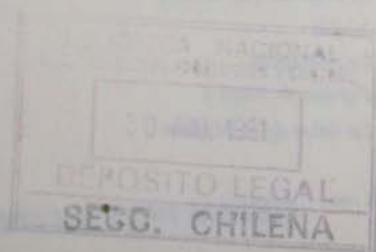
Están dedicados a Francisco Smythe y Paula Humeres, hijos adoptivos de la bella ciudad del Arno.



Colección
LOS CONTEMPORANEOS

- D.H. Lawrence: *Una mujer partió a caballo y otros relatos*
- Joaquín Edwards Bello: *El roto*
- Thomas Mann: *Fiorenza*
- Fernando Debesa: *Mama Rosa*
- Braulio Arenas: *La promesa en blanco*
- Fernando Debesa: *El guerrero de la paz*
- José Donoso: *Tres novelitas burguesas*
- Pío Baroja: *Camino de perfección*
- Rafael Gandolfo: *Memorias de la otra existencia*
- Andrés Sabella: *Cetro de bufón*
- Alejandro Magnet: *Amor de lluvia*
- José Donoso: *Sueños de mala muerte*
- Carlos Ruiz-Tagle: *Memorias de pantalón largo*
- Enrique Lafourcade: *El pequeño Lafourcade ilustrado*
- María Luisa Bombal: *La Amortajada*
- André Breton: *Nadja*
- Enrique Gómez-Correa: *Frágil memoria*
- Francisco Coloane: *El témpano de Kanasaka y otros cuentos*
- Enrique Campos
Menéndez: *Águilas y Cóndores*
(2 tomos)
- José Miguel Ibáñez
Langlois: *Libro de la Pasión*
- Alejo Carpentier: *El reino de este mundo*
- Miguel de Unamuno: *Niebla*
- Marta Brunet: *La Mampara*
- Egon Wolff: *Parejas de trapo y*
La balsa de la Medusa

Eduardo Anguita:	<i>La belleza de pensar</i>
Raúl Zurita:	<i>Canto a su amor desaparecido</i>
Edmundo Concha:	<i>La huella de los días</i>
Enrique Lafourcade:	<i>Novela de Navidad</i>
Oscar Castro:	<i>Los Cuadernos de Oscar Castro</i>
Jorge Díaz:	<i>El velero en la botella y El cepillo de dientes</i>
Gabriela Mistral:	<i>Prosa</i>
José Miguel Ibáñez	
Langlois:	<i>Busco tu rostro</i>
Joaquín Edwards Bello:	<i>Valparaíso</i>
Oscar Hahn:	<i>Estrellas fijas en un cielo blanco</i>
Gabriela Mistral:	<i>Ternura</i>
Armando Uribe:	<i>Por ser vos quien sois</i>
Waldo Rojas:	<i>Fuente Itálica</i>
Humberto Díaz-Casanueva:	<i>Vox Tatuada</i>
Adolfo Couve:	<i>El cumpleaños del señor Balande</i>
Antonio Montero:	<i>Baracaldo o el tercer pabellón</i>



"Encuentros esporádicos, dispersos en el tiempo, erráticos en el espacio, con la tierra italiana", las tres series de textos que configuran esta *Fuente Itálica*, a más de prolongar intensivamente la poética iniciada por el autor en la década de 1960, proponen una extensión de aquella intensidad que cobra la palabra ante lo innombrable: la presente ausencia de los tiempos, el plenario vacío de los espacios, convocados y evocados por la itálica fuente. Waldo Rojas (Concepción, 1944), poeta y ensayista, ejerce la docencia como profesor de historia en la Universidad de París.

